

Lección 4: El agente de la Transformación

Uno de los asuntos más complejos cuando se trata de un estudio de transformación es el tema de “agencia”. Es decir, el tema de cuál es el rol de Dios y cuál es el rol de los seres humanos en el proceso de transformación. Innumerables libros y artículos existen sobre el tema y los eruditos discuten los puntos más finos tratando de discernir con precisión cual es la responsabilidad de cada participante en el tema. La pregunta, ¿quién es él que produce la transformación en el cristiano? es muy importante porque afecta directamente nuestro involucramiento y responsabilidad personal en el proceso. Ha habido una gran cantidad de discusiones sobre el tema. Por ejemplo, un autor lamenta,

“En la larga y rica historia de recepción de Pablo, sus declaraciones sobre "agencia" han generado debates extremadamente violentos, sobre todo en los debates de Agustín con Pelagio y, posteriormente, en numerosas disputas entre protestantes y católicos, discusiones internas entre teólogos católicos y amargas controversias entre sectas protestantes. Cada lado ha acusado al otro de deformar el discurso cristiano al recurrir unilateralmente a Pablo, a veces con una buena razón, a veces sin ella. La repetitividad de estos debates desde la Reforma podría llevarnos a preguntarnos si se puede decir algo más sobre este tema. ¿Debería el estudio de la teología paulina simplemente aceptar que hay aquí una constelación de enigmas profundos e irresolubles y pasar a otro terreno?”

Aunque hay cierto nivel de escepticismo sobre si se puede desenredar ese tema complejo, no creo que sea una tarea fútil. Más bien, es un estudio importante sobre el cual las Escrituras tienen mucho que decir, aunque a veces sus respuestas no caben dentro de esquemas cómodos sin cierta tensión. Si podemos vivir con esas tensiones sin tener todo en blanco o negro, podemos encontrar respuestas adecuadas. Si no nos gusta vivir con tensiones teológicas, esta tarea sería mucho más difícil. Por lo tanto, tenemos que poner nuestra atención en una consideración del tema. Por lo general, hay tres respuestas a esa pregunta¹:

¹ Estas tres respuestas vienen de varios autores. En inglés, estos tres términos vienen de John M. G. Barclay, “‘By the Grace of God I Am What I Am’: Grace and Agency in Philo and Paul,” in *Divine and Human Agency in Paul and His Cultural Environment*, ed. John M. G. Barclay and Simon Gathercole (New York: T & T Clark, 2006), 140–57 (156n39). Pero luego encontré los mismos conceptos en Francisco Lacueva, *Ética Cristiana*, (España: Editorial Clie, 1975), 163-164. Lacueva alega ser el que inventó esos tres títulos para este tema.

El Monergismo

Esta postura enfatiza que hay un solo actor en el proceso de la transformación. Viene en dos puntos de vista opuestas. Una postura enfatiza la prioridad de la agencia divina mientras la otra enfatiza la agencia humana. Es decir, por un lado, hay aquellos que dicen que en la transformación es Dios que obra solo. Él toma control y hace su obra a pesar del actuar o no del cristiano. O sea, la transformación es una consecuencia de la agencia divina más nada. Por lo general, esta postura diría que, si el ser humano influencia en la transformación esto quitaría algo del actuar de Dios y, por ende, limitaría su poder y soberanía. No niegan que el ser humano tiene que obedecer, pero que hasta esa obediencia no resulta realmente en una contribución que produce nuestra transformación, sino es meramente un resultado del obrar de Dios. Por el otro lado, hay aquellos que creen lo opuesto, que el factor más determinante en la obra de transformación es la agencia humana. Ellos dirían que Dios hace la obra de salvación Él solo, pero en la santificación es el cristiano que tiene que hacer el trabajo. Entonces cuando se trata de crecimiento espiritual, de cambio o transformación, el ser humano tiene que esforzarse porque le toca a él realizar la obra de santificación.

El Sinergismo

Esta postura enseña que en el proceso de la transformación de un cristiano hay una sinergia, o sea, una unión del trabajo de dos, entre la obra de Dios y la del ser humano. A veces la idea suele ser que Dios hace su parte y el hombre hace su parte. O sea, que la transformación ocurre cuando se suma la participación de los dos, Dios dando su cincuenta por ciento y el ser humano su cincuenta por ciento. Cuando los dos suman sus esfuerzos entonces el resultado es un crecimiento o avance en la santificación. Si por a o b cualquier de los dos no cumple su lado entonces no va a haber transformación. Para otros esta idea se relaciona con el refrán, “A quien madruga Dios lo ayuda” o como se dice en inglés “Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.” O sea, si yo hago mi parte Dios también va a hacer su parte. Si no hago mi parte entonces tampoco Dios va a hacer su parte. No obstante, en su mejor elaboración, el concepto de sinergismo tiene la idea de que el ser humano meramente coopera con Dios en el trabajo de transformación. No es decir que yo mismo produzco mi propia santificación, sino que yo no puedo ser pasivo en el proceso. El ser humano tiene que participar activamente.

Estas primeras dos posturas enseñan algo de verdad, pero corren el peligro de enfatizar algo que no es verdad. Déjenme explicar. La primera postura,

monergismo, correctamente enfatiza la iniciativa de Dios en la obra de transformación. Tal como justificación es una obra cien por ciento de Dios, así debemos entender que es Dios que santifica. Dios es el agente que produce una transformación espiritual. El ser humano no tiene la capacidad de transformarse y vive totalmente dependiente de Dios. No obstante, el sinergismo correctamente enseña que el ser humano no es pasivo en ese proceso de transformación. Dios obra y produce nuestra transformación, pero lo hace a través de nuestra obediencia.

El peligro de un monergismo desequilibrado es un pasivismo donde el cristiano no hace nada, donde no pone importancia en la obediencia, donde es vulnerable a un antinomianismo. Por el otro lado, el peligro del sinergismo es un orgullo donde el cristiano cree que ha podido contribuir a su santificación. “Mira lo que yo he hecho” como si yo pudiera merecer o ganar la santificación. Este error también puede llevarnos a un legalismo donde tenemos que obrar más y más para poder lograr una aceptación ante Dios. Por ende, dado que ambas posturas tienen ciertos peligros y debilidades es mejor pensar en un concepto más adecuado.

Antes de considerar la tercera opción debemos reconocer que en las Escrituras hay cierta tensión respecto a la agencia del proceso de transformación en la vida de un creyente. En primer lugar, la Biblia es bastante clara que la obra de transformación espiritual en la vida de una persona es una obra de Dios. Es decir, tanto la obra de transformación que inicia la vida cristiana como el proceso de transformación que caracteriza el día a día de la vida cristiana son obras realizadas por Dios. O sea, la transformación es un regalo de Dios, es una obra de la infinita gracia del Dios soberano. Es algo sobrenatural que el ser humano es totalmente incapaz de producir. Por ejemplo, Pablo expresa su deseo para la transformación de los hermanos de tesalónica diciendo, *“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. ²⁴Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.”* Pablo reconoce que la santificación, la transformación progresiva de los creyentes, es una obra que Dios realiza. Además, Pablo dice que es una obra que se basa en la fidelidad de Dios y no en algo en el ser humano. Es más, Pablo afirma en 1 Corintios 1:30 que Cristo *“nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención.”* O sea, por una obra de Dios Cristo es nuestra santificación, nuestra transformación se basa en él. Aún más claro es 2 Corintios 3:18 donde Pablo alega que *“somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”* Es Dios el Espíritu Santo que produce la transformación en los creyentes. De hecho, cuando Dios se reveló a su pueblo según Éxodo 31:13, Él dijo *“yo soy Jehová que os santifico.”*

No cabe duda, la Biblia es clara, Dios es el que produce la transformación. Parece un monergismo.

No obstante, cuando seguimos leyendo las Escrituras encontramos textos como 1 Timoteo 4:7-8 donde Pablo insta a Timoteo *“Ejercítate para la piedad; ⁸porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera.”* La piedad aquí es la expresión en la vida de la santificación. Pablo dice que si Timoteo va a experimentar una vida piadosa él tiene que trabajar. Requiere el sudor espiritual. En 2 Corintios 7:1 Pablo hace recordar a los hermanos que Dios estará con ellos siempre y cuando ellos se aparten de toda idolatría. Después concluye, *“Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.”* Pero, si la obra de transformación es una obra de Dios ¿por qué tenemos que limpiarnos? ¿Yo pensé que Dios es él que nos limpia y él que perfecciona la santidad en mi vida? Seguramente, no obstante, Pablo exige a los creyentes a limpiarse del pecado y perfeccionar la santidad. Pedro dice la misma cosa cuando él exhorta a los creyentes en 2 Pedro 1:5-7 a poner *toda diligencia en añadir a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; ⁶al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; ⁷a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.”* Diligencia significa esfuerzo, sudor, trabajo. Si vamos a crecer y experimentar una verdadera transformación, no podemos ser pasivos, tenemos que obrar. Finalmente, en 1 Juan 3:3 Juan recuerda a los creyentes que cuando regrese Cristo ellos lo van a ver y serán semejantes a Él. Pero ¿Cuáles son las implicancias prácticas y personales de esta esperanza? Dice Juan, *“Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.”* Los mismos creyentes tienen que purificarse. Parece un sinergismo.

La tensión es evidente, ¿no es cierto? Es bastante claro que Dios es él que transforma. Pero también es claro que los creyentes tienen que trabajar para que experimenten una transformación. ¿Cuál es la relación entre nuestro trabajo y el obrar de Dios? Esto nos lleva a la tercera postura sobre el agente de la transformación.

El Energismo

Esta postura reconoce tanto que Dios es el agente en el proceso de transformación como que el ser humano tiene que participar activamente. La diferencia entre esta tercera postura y las otras dos es que el energismo dice que es la obra de Dios que hace posible la obra del cristiano en la transformación. O sea, en esta postura,

aunque hay una participación tanto de parte de Dios como de parte del cristiano, esa participación no es de ninguna manera un 50% por Dios y otro 50% por el hombre. O sea, no se trata de la suma de la participación de los dos. Más bien la relación es de una obra 100% de parte de Dios que hace posible una obra de respuesta de 100% por el cristiano. O sea, el obrar de Dios y nuestros esfuerzos no se contradicen, tampoco solamente se suman, sino se complementan de una manera importante. Como escribe un autor,

“La soberanía de Dios no limita ni reduce la libertad humana, sino que es precisamente la que la fundamenta y la habilita. Los dos agentes están así en proporción directa, y no inversa: cuanto más operativo es el agente humano, más (no menos) puede atribuirse a Dios ...Otros agentes pueden afectar la agencia humana, pero es Dios quien la efectúa, quien constituye su eficacia como agente. Por lo tanto, si Dios es todo, la humanidad no es nada sin Dios, pero puede ser a la vez poderosa y eficaz como agente creado en dependencia de Dios.”²

La relación entre las dos agencias, tanto la divina como la humana, es que Dios tiene que obrar primero para que nosotros podamos obrar como respuesta a su obrar. O sea, el obrar de Dios hace posible y energiza, empodera la obra nuestra.

Es esta tercera postura que más fielmente representa la evidencia bíblica. Hay dos textos bíblicos principales que demuestran este energismo. El primer texto y el más importante en este sentido es Filipenses 2:12-13. Pablo acaba de compartir el increíble ejemplo de Cristo Jesús y su humillación. Cristo siendo Dios se despojó a si mismo tomando humanidad y obedeciendo hasta la muerte. Ahora, Pablo voltea a la iglesia y dice, puesto que Cristo demostró una obediencia tan radical ahora ustedes también deben obedecer. El texto dice,

“Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no solamente cuando estoy presente, sino mucho más ahora que estoy ausente, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor,¹³ porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”

Pablo empieza con el lado humano, *“ocupaos en vuestra salvación.”* La palabra *“ocupaos”* es la palabra clave y traduce la palabra griega *κατεργαζεσθε* que significa acá esforzarse. La NVI capta la idea, *“lleven a cabo su salvación con temor y temblor.”* El mandato NO es que el cristiano produce su salvación. Eso es

² John M.G. Barclay, Simon J. Gathercole, editores, *Divine and Human Agency in Paul and His Cultural Environment*, New York: T & T Clark, 2006, p. 7.

imposible. Es Dios que salva y él salva él solo. No obstante, Pablo insta que los creyentes vivan su salvación. Exhorta que pongan en práctica su salvación. Manda que sean activos en una vivencia real de su salvación. Se nota aquí que nuestra labor es vital. Si no nos esforzamos nunca vamos a ser santos. La idea es que tenemos que obedecer a Dios y a sus mandatos esforzándonos continuamente, trabajando vigorosamente para que nuestra salvación se muestre en nuestra vida diaria. Una vez más, nuestra labor es esencial. Sin embargo, nuestra labor sola no es suficiente para santificarnos. Por ende, Pablo añade la segunda parte, “*porque Dios es el que en vosotros produce...*” Es importantísimo entender la función de la palabra “porque”. Esta conjunción apunta la causa, el fundamento para la exhortación que Pablo hace en el verso 12. La exhortación de ocuparnos en nuestra salvación se basa en una realidad esencial que Pablo elabora en el verso 13. A saber, que Dios es el productor, el creador, el energizador. En otras palabras, él hace posible el cumplimiento de la exhortación en el verso 12. Esta relación es la clave para este tema del agente de la transformación.

Si, el cristiano tiene que esforzarse, sin embargo, su trabajo no es algo autosuficiente. No es algo autogenerado o autoiniciado. El cristiano es y siempre será totalmente dependiente de Dios para todo. De hecho, Pablo demuestra que nuestro trabajo es una respuesta a la obra de Dios. Nuestro trabajo se hace posible porque Dios ya ha trabajado antes. Su obra es la base, el fundamento para nuestro trabajo. Su obra motiva y nos da energía y poder para que podamos obrar nosotros. Como el teólogo Juan Murray ha escrito,

“El obrar de Dios en nosotros no se suspende porque obramos nosotros, ni tampoco se suspende nuestro obrar porque Dios obra. Tampoco es la relación meramente una de una cooperación como si Dios hiciera su parte y nosotros la nuestra para que la suma de los dos produjera el resultado querido. Dios obra en nosotros y también nosotros obramos. Pero la relación es que es porque Dios ha obrado que nosotros obramos. Todo el “*ocuparnos en nuestra salvación*” por nuestra parte es el resultado del obrar de Dios en nosotros.”³

El ánimo que Pablo nos da en este proceso de “*llevar a cabo nuestra salvación*” es la seguridad de que es Dios mismo quien está trabajando dentro de nosotros haciendo posible nuestra respuesta de obediencia. Cuanto más nos esforzamos en este proceso de seguir la santidad, más confianza podemos tener que Dios está

³ John Murray, *La Redención: Consumada y Aplicada*, Grand Rapids, MI: Libros Desafíos, 2007, p. 143-144.

haciendo su obra en nosotros. Pero noten también la actitud que debemos tener en todo este proceso de poner en práctica la realidad de nuestra salvación. Pablo dice *ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor*. ¿Por qué con temor y temblor? Justamente porque reconocemos nuestra total dependencia de Dios. Mi capacidad de poder llevar a cabo o vivir consecuente con mi salvación depende netamente del hecho de que es Dios quien produce en mí esta capacidad y este deseo de hacerlo. No es algo natural en mí, no es algo que nace en mí, sino es una obra previa de Dios que lo hace posible. Por ende, el energismo requiere una actitud de dependencia constante y continua en el poder y la gracia de Dios.

Un detalle más antes de ver otro texto. Cuando decimos que nuestra capacidad de poder ocuparnos en nuestra salvación depende de lo que Dios ya ha hecho por nosotros, esto no quiere decir que Dios hizo su trabajo, pero que ahora no está involucrado, como si Dios empujó el carro y ahora ha sacado sus manos y está observando de lejos sin involucrarse. ¡De ninguna manera! Aunque es totalmente verdad que nuestra capacidad depende de lo que Cristo ha hecho por nosotros a través de su obra redentora, es verdad también que Dios sigue haciendo posible nuestro avance en el tema de la transformación. Como dice Pablo en Filipenses 1:6, *el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo*. Dios empezó esta obra de transformación espiritual en nosotros – o sea, todo se basa en lo que Él hizo a través de Cristo Jesús. No obstante, la mano de Dios sigue puesta sobre nosotros y él continúa produciendo en nosotros tanto el querer como el hacer. Quizás yo puedo ilustrarlo de la siguiente manera. Pensemos en un prisionero que un día es liberado de la cárcel. Este prisionero es libre de las cadenas que una vez lo sujetaban. Ya no tiene que someterse a la autoridad de sus captores. Es totalmente libre para vivir una nueva vida. No obstante, no lo sueltan a la calle para vivir solo, sino lo envían a una casa de rehabilitación donde hay un mentor que lo va a acompañar, que está allí para guiarlo, para ayudarlo, para orientarlo, para animarlo. El exprisionero tiene que aprender a vivir como un libre. Legalmente es libre. Su libertad depende de un evento que ya pasó. Pero necesita ayuda para experimentar diariamente esa libertad en cada área de su vida. De la misma manera, el cristiano ha sido transformado por una obra ya completa, la obra de Cristo en su cruz y resurrección, no obstante, Dios no nos deja solo, sino nos acompaña momento por momento, enseñándonos a vivir en la libertad que ya nos pertenece. Pero aún más que enseñarnos, Él está allí produciendo la fuerza y las ganas en nosotros para que podamos ocuparnos en nuestra salvación. Es él que no energiza, que nos empodera, y quien nos motiva a querer y a poder vivir nuestra salvación en cada área de la vida. Su agencia hace posible nuestra labor.

El segundo texto que demuestra un energismo se encuentra en 1 Corintios 15:9-10, *Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. ¹⁰Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo.*

En el contexto de este texto Pablo está compartiendo la esencia del evangelio que él predicaba. Pablo, queriendo demostrar la realidad de la resurrección de Cristo menciona todas las personas a las cuales Cristo apareció después de su resurrección. Pablo se incluye a él mismo como el último al cual Cristo apareció. Ahora en los versos 9-10 Pablo explica porque él fue el último apóstol al cual Cristo apareció. El motivo es sencillo, Pablo persiguió a la iglesia y por lo tanto es *el más pequeño de los apóstoles*. De hecho, Pablo realmente no es digno de ser llamado apóstol. ¿Cómo es que Pablo llegó a ser un apóstol entonces? Fue netamente por la gracia de Dios. Fue un regalo de Dios, una obra totalmente divina y no tenía nada que ver con algún mérito en Pablo. Como dice Pablo, *por la gracia de Dios soy lo que soy*. Pero su gracia no solamente resultó en su llamado a ser apóstol. Pablo agrega algo más, *su gracia no ha sido en vano para conmigo*. O sea, la gracia de Dios no fue infructífera en la vida de Pablo. La gracia de Dios en Pablo produjo algo. ¿Qué es lo que la gracia hizo en Pablo? Pablo dice que en vez de ser en vano la gracia resultó en que *he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo*. O sea, la gracia de Dios obraba en Pablo motivándolo e impulsándolo a trabajar, a dedicarse al evangelio. Como consecuencia Pablo podía decir que él obraba más que los demás. Pero Pablo no está jactándose, porque aún ese esfuerzo más allá que los demás fue consecuencia de la gracia de Dios. Fue la gracia de Dios que hizo posible su supremo esfuerzo y Pablo respondía con trabajo duro y parejo. Todo fue por gracia. Esto es exactamente lo que quiere decir el energismo, que es por la gracia de Dios que queremos y podemos obedecer. Su obra de gracia en nosotros nos energiza, nos empodera para responder con obediencia.

Hay un principio cuando se trata de toda la vida cristiana que tenemos que entender: Todo es por gracia. Dios nos salva por gracia (Efesios 2:8-9). Dios nos capacita por gracia (Efesios 4:7). Dios nos fortalece por gracia (2 Timoteo 2:1; 2 Corintios 12:9). Dios nos enseña por gracia (Tito 2:11-13). Dios nos transforma por gracia (1 Corintios 15:10). Todo es por gracia desde la salvación hasta la santificación. Todo es por su gracia. No obstante, aunque todo es por gracia esto NO significa que el ser humano es totalmente pasivo en el proceso de la transformación. Más bien, como hemos visto, hay un energismo. El obrar de Dios

es el motor que da vida a nuestro obrar. Nosotros podemos obedecer, podemos hacer obras justamente porque el Espíritu Santo ya ha obrado en nosotros y sigue obrando en nosotros. Su obrar hace posible nuestro obrar y nuestro obrar es necesario si vamos a experimentar la transformación espiritual. Pablo resalta este punto en Romanos 8:13, *si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis*. En otras palabras, nosotros tenemos que matar las “*prácticas del cuerpo*”. Pero ¿Cómo lo hacemos? Pablo agrega, “*por el Espíritu.*” El cristiano experimenta la vida cuando trabaja continuamente haciendo morir los hábitos pecaminosos de su cuerpo, pero solo puede hacer esto por medio del poder del Espíritu Santo que vive y obra desde adentro. Nuestra obediencia es esencial, pero esta obediencia es una consecuencia de su gracia, del poder de su Espíritu dentro de nosotros, y de su previo trabajo en nosotros. Y esto significa que cualquier avance en la vida espiritual es consecuencia de la gracia de Dios y es su gracia que nos motiva, que nos energiza para que nosotros podamos obrar y avanzar en madurez espiritual. Esto implica un “energismo”.